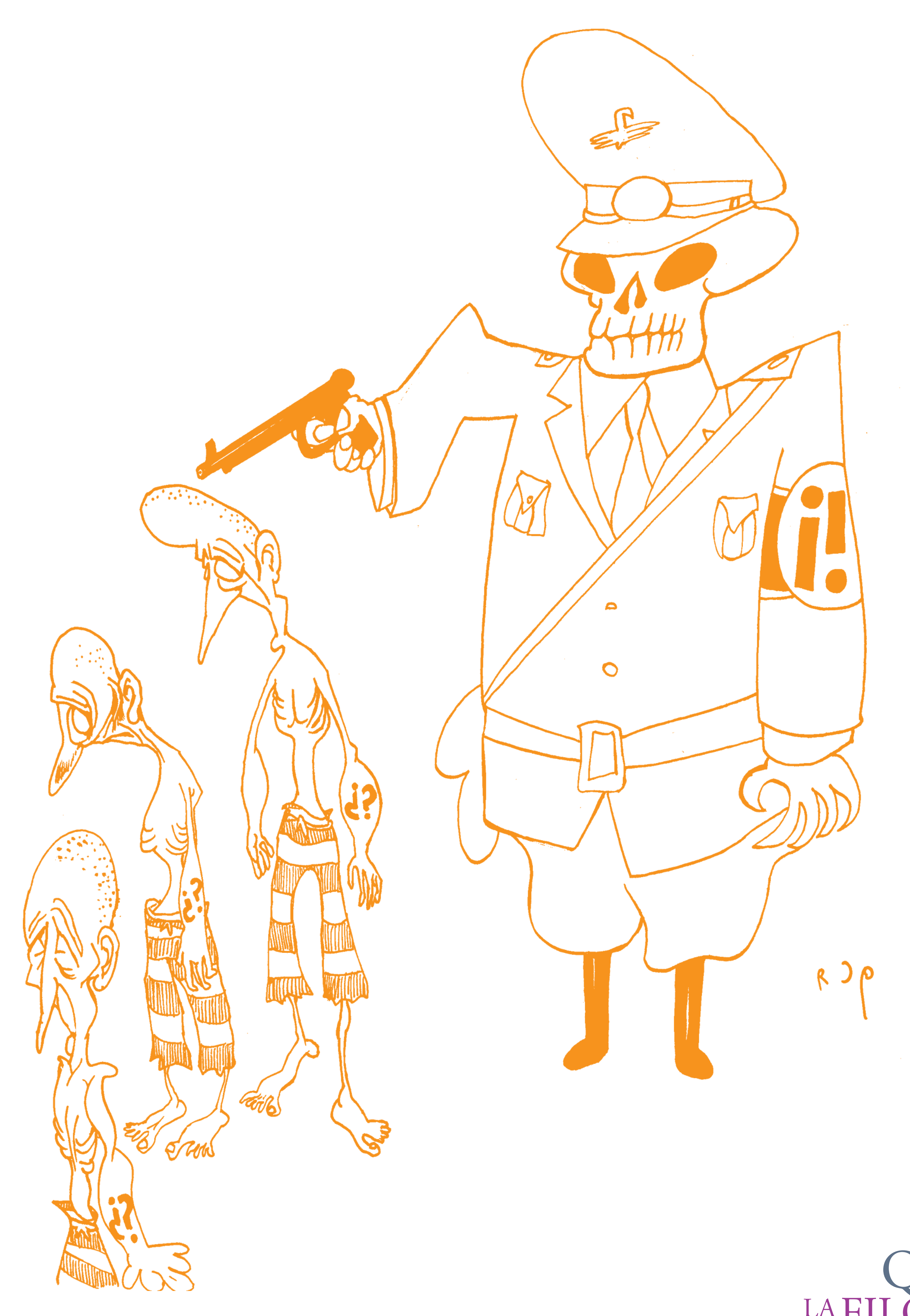
JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

CLASE N° 53

MÁS ALLÁ DE "MEIN KAMPF" ESTÁ AUSCHWITZ



QUÉ ES LA FILOSOFÍA

Una introducción al saber de los saberes

Suplemento especial de Página/12

Fue –no cabe duda– el sujeto del capitalismo el que triunfó con Descartes. Pero ese sujeto, el sujeto europeo, no anda lagrimeando porque, por conquistar el mundo del ente, se perdió para el Ser. Cuando Foucault dice que el hombre no existía antes de la época clásica tiene, sencillamente, razón. ¿Quién no lo sabe? *El "hombre" es un invento del capitalismo*. El capitalismo se inventa a sí mismo y en ese mismo, exacto momento inventa al "hombre" e inventa al "sujeto", la razón de ese hombre. Le falta la "voluntad de poderío". Que se la entregará Nietzsche. Ahí se cierra la trinidad de ese poder que será invencible: *Hombre, subjetividad y voluntad de poder*. ¿Qué la "voluntad de poder en tanto voluntad de la voluntad" es una lectura heideggeriana de Nietzsche? Y bien, qué. Es la lectura nacionalsocialista. Y el nacionalsocialismo es el rostro más agresivo, más devastador del capitalismo. Aunque no demasiado. Tal vez sea uno entre otros. (Algo que debiéramos discutir.) Vean hoy a la voluntad de poder encarnada en el Imperio Global. ¿Alguna vez alguien planteó un proyecto de mayor poder en la Historia, alguna voluntad fue más poderosa, ambiciosa, expansiva, dispuesta a todo, incluso al cataclismo nuclear? Ese sujeto es heredero del hombre europeo que conquistó, saqueó y devastó la periferia. Dijo "descubrirla". Y con razón: la descubrió para "Europa". A partir de entonces se dedicó a saquearla y a llevar sus riquezas al Centro, para establecer ahí los imperios del capitalismo, expansivos, conquistadores. Si Bartolomé De las Casas, que pasa por ser el hombre de Dios que abogaba por los indios buscando impedir su masacramiento, buscaba la solución en reemplazarlos por los negros de Africa, vemos que el colonialismo no tenía almas bellas. No vamos a insistir con los textos de Marx: ya están explicitados. La razón capitalista europea se coronó con el Iluminismo, filosofía de la Revolución Francesa. Esa Revolución consolida también a la burguesía. A partir de ella, Hegel la consagra y la glorifica con su sistema desmedido, universal. Marx la cuestiona. Pero Marx no cuestiona la razón. Cuestiona la razón capitalista. Los obreros de Marx les expropiarán a los capitalistas sus fuerzas productivas y su razón productiva, instrumental. No hay en Marx ninguna señal de reemplazar la razón burguesa por otra. No señala "otro" camino, como, por ejemplo, señala Heidegger. Marx no se va a tomar el trabajo de distinguir entre la "razón" y el "pensar".

MARX, EL HOMBRE CONSTRUYE LA CASA DEL HOMBRE

Marx le arrebata la "razón" a la burguesía como planea arrebatarle las fuerzas productivas y el Estado. A lo sumo, le señalará a la racionalidad burguesa que ha instaurado un sistema que escamotea, en su beneficio, la realidad. Que la mercancía funciona como un ente "a los ojos" que, al ser esto, al ser "a los ojos" enceguece el mundo real de la producción. Pero Marx quiere la razón de Descartes para los proletarios. Y la dialéctica la sueña en manos de esos mismos proletarios, tomándola como fruto maduro de la universalización del poder burgués que modernizará el mundo incivilizado, precapitalista, y hará surgir a esa "burguesía conquistadora" del *Manifiesto* que abrirá las puertas al proletariado revolucionario, su enterrador. Lean el Prólogo del primer tomo de *El capital*. No queda duda alguna. Marx es un entusiasta de la revolución burguesa, que todo lo disuelve, que arranca a los pueblos del "idiotismo rural" e implanta las "modernas relaciones de producción capitalistas". ¿Pensador de la sospecha? No, Marx no quiere desprenderse de la razón burguesa: *quiere ponerla en manos del proletariado*. No la agrede, no la cuestiona, la quiere para sí. Sólo se trata de un traslado de la razón: de la burguesía al proletariado. Se requiere, para tan desmedida tarea, una revolución, una revolución de la *totalidad*, dado que es el sistema capitalista de producción el que debe cambiar por completo. En ese *cambio*, la razón *cambia* de sujeto hegemónico. Pero, en Marx, la razón es una: la razón humana, la razón del hombre. La que hizo las maravillas de la burguesía, la que la llevó a su misión destructora y civilizadora y la que posibilitará al proletariado, cuando se adueñe de ella, urdir una sociedad más justa, una sociedad para todos, sin explotadores, sin explotados, la sociedad genérica. Pero la razón que Marx quiere trasladar de la burguesía al proletariado, por medio de una revolución expropiadora, es la *razón instrumental* de la burguesía. Marx le diría a Benjamin que es un flojo, que se aterroriza en vano, que esos horrores que él ve en la historia son los horrores de la burguesía, que la burguesía hizo una historia de horrores porque tenía que destrozar el poder feudal, el poder monárquico, el poder de Dios sobre la tierra. Que, entre esos horrores, están los castigos a los débiles, a los campesinos, a los proletarios y hasta a los intelectuales. Pero que esa razón burguesa, puesta en manos de los proletarios, será otra. No es la razón la que debe cambiar: es la clase que la detenta. ¿Qué la burguesía arrasó con la naturaleza? ¡Por supuesto! La producción necesita materias primas. La naturaleza está para que la trabaje el hombre, y, trabajándola, construya ciudades, los templos de la civilización. También los proletarios arrasarán con la naturaleza, talarán los bosques, secarán o contaminarán los ríos, extraerán carbón de las minas, petróleo de los territorios fértiles en que reposa a la espera del saqueo de la técnica civilizatoria, cavarán todo lo profundo que sea posible en cualquier lugar de la tierra en que pueda encontrarse cualquier mineral valioso para el hombre, que está en este mundo para eso, para trabajar la naturaleza y vivir de ella. Se crearán industrias que darán trabajo y, por supuesto, contaminarán los ríos y las ciudades, ¿o no han sido siempre sus daños colaterales el costo del progreso? Se construirán edificios con la madera talada. El hombre hará la casa del hombre. Porque, para Marx, el hombre habita en la morada del hombre, y esa morada la hace él mismo con su trabajo. Aquí es donde vemos que Marx quiere poner la razón al servicio del hombre. Aquí le restaría su condición instrumental. Pero Marx no fue profeta en estas cuestiones. No era un pensador pre-ecológico como el campesino Heidegger. Marx no tenía nada que ver con el campesinado. Tardíamente empezó a darle importancia. El hombre del mundo rural, ese hombre simple y sabio que fumaba su pipa con Heidegger, habría despertado el desdén y la burla de Marx (desde el punto de la vista de la historia, desde luego). ¿Con este buen hombre qué revolución podríamos hacer? Necesitamos obreros, hombres ligados al aparato productivo. Habría fumado una pipa con ese campesino, por qué no. Y luego le habría dado la mano y habría ido en busca del humo oscuro, del hollín, de la mugre, de la suciedad laboriosa, productiva de las ciudades, en las que latía el progreso, en las que latía la revolución. Marx fue un hombre de las Luces. Un admirador consecuente, total de la Revolución Francesa. Se habría burlado de Adorno y Horkheimer que rastreaban el mundo mítico previo al estallido de 1789. ¿Ustedes dicen ser marxistas? Sin Revolución Francesa no tendríamos burguesía en el poder de Francia. Sin esa burguesía no tendríamos proletarios. Imaginemos, ¿qué más les diría? ¿Qué los horroriza tanto? ¿La crueldad de la burguesía? ¿Qué Alemania se haya vuelto irracionalmente asesina? ¿De qué tienen miedo? ¿O no se dan cuenta? Hitler es un pequeño hombre, un pequeño burgués aterrado por la revolución socialista. Son los últimos zarpazos del capitalismo de Estado, del tosco, brutal imperialismo alemán. ¿Han cambiado el eje de sus análisis, señor Adorno, señor Horkheimer? Se equivocan: el eje del análisis marxista es siempre la lucha de clases. Esta guerra imperialista es una lucha entre naciones porque antes es una lucha entre clases. ¿A qué buen marxista le ha importado alguna vez lagrimear porque el hombre domina la naturaleza? Pero, ¡si la naturaleza, esa "exterioridad del Espíritu" según Hegel, está ahí para que la explote el hombre! Si la Historia es *eso*, señores. La historia surge de *dos* explotaciones: la del hombre por el hombre y la de la naturaleza por el hombre. Y su esencia, su *ser*, es la praxis de los explotados por librarse de sus cadenas. Nosotros eliminaremos la primera. No habrá jamás un hombre que explote a otro. Pero seguiremos buscando en la naturaleza calor para nuestros proletarios, casas, comida, zapatos, herramientas de trabajo, carbón para el invierno, petróleo para nuestras máquinas, y todo lo que haga falta. La naturaleza nunca se agota, señores, es infinita. Y la laboriosidad del hombre para trabajarla, para extraerle lo que necesita para vivir, también lo es. (Y que alguien diga que no es Marx el que así hablaría.)

¿A QUIÉN LE IMPORTA EL SER?

¿En qué diablos hiere Marx al sujeto cartesiano? ¿En que lo entremete en la lucha de clases? Pero eso no es "herir a Narciso". La praxis se da sus propias luces. Y esas luces son las de la razón encarnada en la praxis. Marx puede agredir al idealismo. Puede decir que pone de cabeza a Hegel. Pero esto es una tontería, un sofisma, un razonamiento torpe, indigno del genio del gran cabezón. Si Karl pone de cabeza a Hegel sólo invierte la ratio hegeliana, *pero no la abandona*. La materializa. ¿Desde cuándo dar vuelta algo es negarlo o superarlo o, menos aún, salir de él? Poner "cabeza abajo" la razón occidental no es *abandonarla*. Es solamente eso: ponerla cabeza abajo. Seamos claros: cabeza abajo o cabeza arriba la razón occidental piensa del mismo modo, sea que piense las ideas hegelianas, sea que piense las materialidades de Marx. Y así resultó. La dialéctica en Marx funciona como en Hegel. Los marxistas dogmáticos, todos pésimos dialécticos, creyeron que dar vuelta a Hegel era llevar la dialéctica, no a la materialidad de la praxis, sino a la naturaleza. Y postularon un marxismo naturalista, que provocó las burlas de Sartre, con razón. Es más: Sartre era *demasiado* pensador como para tener que ocuparse de esos mamotretos de Engels, Lenin y los jerarcas del Dogma Staliniano del Saber. Marx jamás habló de una dialéctica de la naturaleza. Siempre habló de una dialéctica histórica. Les doy tres fórmulas sustanciales : 1) Los hombres hacen la historia; 2) La hacen en condiciones no elegidas por ellos; 3) De esta forma, "Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas. Tenemos, pues, que volver la mirada hacia sus custodios, los *poseedores de mercancías*". Los poseedores de mercancías son hombres. Son capitalistas poseedores de mercancías. Si el mundo se torna un mundo "encantado" por el fetiche de la mercancía, este proceso no se realiza solo, como un movimiento mecánico y ciego de la estructura. Son los hombres los que llevan las mercancías al mercado. Y también, por si fuera poco, son los hombres quienes las intercambian. Dado que, como dice muy simplemente Marx, "las mercancías no pueden ir solas al mercado *ni intercambiarse por sí solas*." Frase que tiene tanta contundencia teórica como la que dice: "Las estructuras no salen a la calle". Son los sujetos los que salen a la calle y ahí, *en* la calle, "como hombre entre los hombres, como cosa entre las cosas", *se meten en la estructura a la que contribuyen, con los otros sujetos, a tramar, a urdir*. (¿Qué esta estructura los sobredetermina? ¿Y quién va a negar algo *tan* evidente?) Y esto vale para todas las clases, para todos los hombres, porque los burgueses también salen a la calle, o hacen salir a sus sicarios. Digámoslo: entre "Las mercancías no van por si solas al mercado" y "Las estructuras no salen a la calle" tenemos *todo* para hacer una teoría del *Ser como Praxis*. ¿Que este es el hombre entregado al domino del ente? ¡Desde luego! Al hombre capitalista, cuya razón devastadora es la de Occidente, le importa un comino, por decirlo educadamente (ustedes conocen la expresión pagana y vulgar que expresaría con más fuerza lo que quiero decir), el zarandeado "olvido del Ser". ¿A quién le importa el Ser? Occidente se hizo sin pensar ni remotamente en el Ser. Las grandes potencias se hicieron porque no perdieron el tiempo en ese aquelarre de la "iluminación" de los entes a la luz del Ser. ¿Ustedes creen que Disraeli, Gladstone, que Churchill, que Stalin, que Patton, o Eisenhower u Oppenheimer, o Kissinger pensaron alguna vez en el Ser? Esas eran paparruchas alemanas de un nazi con fervores de poeta que quería iniciar "otro camino", "otro pensar", un "claro" desde el cual el Dasein, poseído por el pathos de la escucha, se dejara iluminar por el Ser y, en el *Ereignis*, propiarse uno del otro, conservando el Ser la primacía porque era él quien tornaba posible la iluminación, por lo cual el Dasein no era el poseedor de esa iluminación sino que era poseído por ella.

McNamara decía "suerte que ganamos la guerra de Vietnam; si no, yo sería juzgado como criminal de guerra". Estos hombres gobiernan la tierra. ¿Que la llevan a la destrucción? ¿Qué duda cabe? Siempre fue destructiva la racionalidad cartesiana, el hombre capitalista, la ratio occidental. ¿Alguien cree que Hitler, que despertó la entusiasta adhesión del poeta del "claro", del "pathos de la escucha" y el *Ereignis*, se manejó con otra razón que la instrumental, que la capitalista? ¿Que Stalin lo hizo? ¿Qué razón instrumental desencadenó Hiroshima? ¿Por qué no se piensa sobre ese Holocausto? ¿Nadie encontró el Diario de alguna niña japonesa, de la edad de Ana Frank, que conmoviera al mundo con su visión del horror, de la laceración de lo radiactivo? ¿No fue fríamente planeado el crimen de Hiroshima? ¿Y, después de verlo, no se lo repitió en Nagasaki? ¿Por qué tan pocos recuerdan el genocidio armenio? Se sabe que Hitler proponía la *solución final* diciendo a su Estado Mayor: "No se preocupen. Nadie recuerda el genocidio armenio". ¿No fue planeada la tortura en Argelia? ¿Con qué razón mataron los militares argentinos, adiestrados por los paracaídistas franceses, los treinta mil ausentes, desaparecidos de la Argentina?

¿Dónde está la oposición a la razón instrumental? Desde Descartes hasta aquí, *la que se ha desplegado implacable ha sido la racionalidad del capitalismo*. Ese sistema invencible porque hunde sus raíces en lo peor del hombre.

MÁS ALLÁ DE "MEIN KAMPF" ESTÁ AUSCHWITZ

Foucault, en un aspecto, no se equivoca en querer "matar" al hombre si nos ponemos de acuerdo en que ese "hombre" es el hombre capitalista. *El hombre del poder*. De esta forma, sería coherente que un filósofo que dedica su vida a reflexionar sobre el poder (y en su contra) quiera matar al *hombre* que lo ha encarnado desde la época clásica en adelante. Sartre *no* lo quiere matar porque con *su* hombre, con el hombre de la praxis, quiere luchar contra el "hombre" que mata Foucault. La historia se trama entre hombres, porque son los hombres los que la hacen. *No hay un solo hombre*. Está el hombre del *poder* y está el hombre que se rebela contra el *poder*. Los dos son hombres. Por lo tanto: *no hay una sola razón*. A la *razón instrumental* se le ha opuesto siempre la subjetividad rebelde de los que luchan contra ella. Si no le quieren llamar "razón", no lo hagan. Pero es la subjetividad fundante del hombre que se rebela. Del hombre que le dice "no" a la racionalidad instrumental y busca otro camino, a través de otra praxis, para el hombre sobre este mundo.

El poder no se ejerce solo. No lo ejercen las fuerzas ciegas de la trama histórica. Bush, Condoleezza Rice, Rumsfeld, son hombres. Están en la trama histórica. A veces sumergidos en ella. Y a veces la superan. Totalizan, no en el vacío, pero la exceden. Los que se oponen al poder lo hacen desde otro poder. ¿Quién es Amahdinejad? ¿Qué sabemos de él? ¿Qué se puede esperar de Chávez? ¿De Evo Morales? De las masas de

cada país. ¿Permanecerán inmóviles, sometidas a la realidad virtual baudrillardiana, a la irrealidad, a la virtualidad? Miren la cara de Chávez: es él, él es esa piel cobriza, esa oratoria perfecta de dicción perfecta que seduce a los suyos. Es él hasta en el último de los detalles de su ser individual y hasta ese último detalle juega su papel en la historia. Él mismo es una fuerza histórica, una llamarada, un choque de espadas. Él es parte fundamental del *pensamiento estratégico con sujeto*. Alguna vez (en *Cuestiones de método*) Sartre escribió: "La nariz de Cleopatra no explica la historia, pero no debería haber una explicación de la historia que no la incluyera".

Que los académicos norteamericanos sigan jugando a la deconstrucción. Su país, entre tanto, bombardea poblaciones civiles, con niños, y tortura en Guantánamo y en Irak. ¿Puede la deconstrucción explicar eso y entregar una praxis que se le oponga? ¿No? Entonces están jugando. Los juegos de la deconstrucción pueden ser infinitos. Pueden creer que eso es la creación inacabable de los textos de los grandes escritores. Pueden creer lo que quieran. Están en Universidades opulentas de países opulentos. Ninguna voz se hace oír desde esos claustros sobre las iniquidades del Imperio en los territorios de la devastación. O, al menos, hasta aquí no llegan. Lo que no pueden hacer es legislarnos. Tener la pretensión de decir cómo tenemos que pensar y, sobre todo (porque, muy especialmente, esto es lo que pretender hacer), no tienen el derecho a decirnos que estamos equivocados, que pensamos mal, que, ante todo, no los entendemos y, luego, caemos en sofismas, en afirmaciones que van más allá de lo que estamos autorizados a decir con el lenguaje que utilizamos. Que será siempre insuficiente y raramente eficaz, lo sabemos. Pero, del modo que sea, con todas nuestras limitaciones lingüísticas, vamos a tratar de pensar el siempre pesaroso destino de los hombres sobre este mundo. Que es algo que –por increíble que les parezca a estos ejemplares– se puede hacer. Porque no es cierto que "il n'y a hors de texte". Más allá de *Mein Kampf* está *Auschwitz*. Al menos nosotros somos tan toscos, tan poco académicos, tan lineales para entender a Derrida, tan simplistas en nuestras opciones teóricas, como para creerlo así.

LA FRASE DE PROTÁGORAS

Hay que pensarlo todo de nuevo. Pero hay que pensar, antes, algo decisivo. *¿Qué aceptó la intelligentsia francesa al aceptar, en bloque, la crítica de heidegger al mundo moderno?* No ignoraba –quiero decir: *sabía perfectamente*– que esa crítica estaba contaminada por la militancia nacionalsocialista del Herr Rektor de Friburgo. ¿No le importó? ¿No pensó que algo de ese firme compromiso con el nazismo podía subyacer a esa crítica de la modernidad, a la crítica al humanismo, a la liquidación de la subjetividad, de la antropología, del hombre?

¿Hasta dónde pueden caminar juntas la crítica marxista de las filosofías idealistas y la deconstrucción heideggeriana, pese a todo cuanto las separa? Ya he marcado las diferencias fundamentales, que lo son demasiado. Marx critica a Kant o a Hegel por dar primacía al mundo de las ideas por sobre el de la materialidad. Pero es el Marx menos valioso el que entra en estos planteos. Y además lo hace para darle potencia a lo que él quiere decir: que el mundo de la materialidad tiene que tener en la filosofía la relevancia que merece. Marx, posiblemente lo hayamos dicho, viene a expresar a la clase que trabaja la materialidad. Raro sería que no le diera relevancia a ese contenido, que será, para él, el de lo concreto. Pero Marx no viene a negar al hombre. Este es un invento del estructuralismo althusseriano. Marx es un humanista por una sencilla razón, sencilla y poderosa: la tesis 11, señores. Alguien que viene a decirles a los filósofos que, está bien, que piensen el mundo, pero que llegó la hora de transformarlo, tiene que buscar un *sujeto de la transformación*. La materia no se transforma sola. Las relaciones de producción son una materialidad. Las fuerzas productivas también. Dentro de esa trama material hay un sujeto que padece una relación de desigualdad, de opresión. Ese sujeto tiene que liberarse porque "el hombre es el ser supremo para el hombre". Frase que en Marx remite a Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas". Frase que Heidegger, en su *Nietzsche*, diferencia de la de Descartes porque Protágoras, dice, no pone al hombre en esa posición de privilegio en tanto sujeto, en tanto subjetividad. Ya lo sabemos: como *sub-jectum*. Lo ponga como lo ponga, lo que dice Protágoras debe haber agradado siempre a Marx. ¿Por qué? Porque Marx aparece en la filosofía para liberar al hombre de sus cadenas. Marx es un humanista. Busca redimir *a todos* los hombres. A través de la revolución proletaria, a través de la dictadura del proletariado y a través de la extinción del Estado, todos los hombres habrán de encontrar un mundo sin explotadores ni explotados. Pero hay otro aspecto del humanismo de Marx: el hombre tiene que transformar la historia, tiene que actuar, tiene que desarrollar una praxis. La revolución la tiene que hacer el moderno proletariado industrial. Ese proletariado, que tiene esa misión sin duda redentora, ya que la va a realizar para todos los hombres, está formado por hombres, por obreros, por expoliados, por los que no tienen nada que perder salvo sus cadenas. ¿Alguien cree que Marx le va a negar a ese proletariado su subjetividad, su conciencia? Si Lukács, en el que todos sabemos es su mejor libro, haya o no renegado de él, fundará en la *conciencia de clase* las posibilidades de la praxis revolucionaria, ¿de dónde creen que sacó esa idea, de qué maestro, para él, indiscutido, insoslayable?

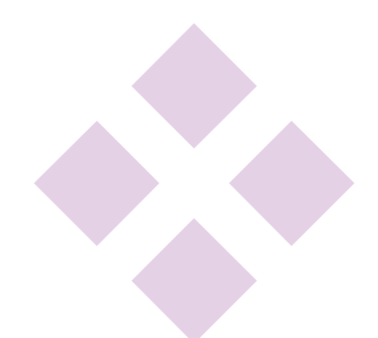
MARX, UNA METAFÍSICA DE LA HISTORIA

Habría sido inconcebible que los deconstructores heideggerianos no incluyeran al marxismo en el pensamiento de la técnica. En el humanismo, en la antropología, en la subjetividad. Bien, claro que sí. Marx les reprocha a los pensadores idealistas su condición de burgueses, de filósofos que han buscado interpretar el mundo y no transformarlo y, *por consiguiente*, filósofos que han rehuido la materialidad para entregarse a los sistemas idealistas. Como sea que fuere, Hegel fue el incontestable, inequívoco maestro de Marx, y también lo influyeron Kant y Feuerbach, a quienes dedicó largo tiempo de lecturas. No hay en Marx rechazo del humanismo. La historia, que es una calamidad en la que se despliega el inicuo, despótico poder burgués, es una creación del hombre. Hay historia porque hay hombres, porque los hombres colisionan entre sí, porque unos explotan a otros y los explotados, tarde o temprano, en el corazón profundo de su subjetividad entramada con sus condiciones materiales, harán algo para modificar esa situación, posiblemente, muy posiblemente rebelarse contra ella, algo que harán desde sí mismos, unidos a sus compañeros de trabajo y expoliación y en ese disturbio, en esa asonada, en esa rebelión que parecía imposible, ya que creyeron y les hicieron creer que el mundo era eso, que otros mandaran y ellos obedecieran, se ganarán a sí mismos como seres humanos, ellos y los otros como ellos, sus compañeros. Y esto lo harán en medio de la materialidad de la historia. Lo harán haciendo una historia que, hasta ese momento, los hacía a ellos. Lamentablemente soy (ya) de los que creen que toda rebelión lleva en sí el germen de su contracara, el estigma de su desengaño, de su frustración. Admito que los años han contribuido a esta visión pesimista. Confieso que no lo soy: pesimista, digo. Si lo fuera, no pasaría horas escribiendo sobre esta pantalla clara, demandante. Pero uno puede depositar el optimismo en la escritura y la desesperanza en la historia. Como sea, juro que no hay, para mí y para muchos, espectáculo más digno, más noble que el del hombre que se rebela contra la injusticia. A nadie debe preocupar el día de mañana. Hoy, si hemos triunfado, es una jornada de ilimitado goce. Nadie nos quita esto. Que las deslealtades, las canalladas a las rebeliones que en las historia han sido no les quiten a los hombres la frescura, la insolencia, la desvergüenza de las nuevas. Algunos heideggerianos acusan al marxismo de encarnar un proyecto metafísico de un sujeto que se pretende "dueño y señor de la naturaleza" y que no oculta la pretensión de creerse transparente para sí mismo y de considerar transparente la realidad" (Luc Ferry en *El sujeto europeo*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1990, p. 65). Ayudados por el estructuralismo antihumanista de Althusser, quien confesó que su antihumanismo provenía de su lectura de la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger, es que se puede incurrir en estos errores. Althusser y los suyos vieron cómo se desarrollaban los hechos en la Francia de los sesenta, desplazamiento de Marx, aniquilamiento del sartrismo, fundamentalismo nietzscheoheideggeriano, lingüística, semiología, antropología estructural, saussurismo, y buscaron salvar a Marx metiéndolo en la estructura, negándole la subjetividad, el humanismo, los *Manuscritos* del 44 (*imperdonable maniobra*) y transformándolo en un objeto teórico protagonista de una cientificidad en la cual la lucha de clases se evaporaba porque, sencillamente, *no había quien la encarnara*. En cuanto al sujeto marxista: caramba, ése no es un sujeto como cualquier otro. Es un sujeto de la praxis. ¿Se considera transparente a sí mismo? Su mayor conquista es *arrojarse* sobre la materialidad que lo aprisiona. Esa *materialidad* está en él. Lo constituye. ¿"Transparente a sí mismo" un sujeto que sabe que es una mercancía y que va al mercado y se vende, vende su fuerza de trabajo y con ella entrega, al capitalista, su subjetividad? ¿Eso es transparencia del sujeto? La apropiación de sí mismo del sujeto marxista transita los caminos de la praxis que, en él, son los de la intersubjetividad. Su conciencia está e-yectada sobre la de su compañero de lucha. Se reconocen. En ese reconocimiento ya late la rebelión. ¿Qué el sujeto marxista considera *transparente* la realidad? Pero, ¿han leído a Marx estos deconstructores heideggerianos? Aunque hay *materialidad* en Marx: fuerzas productivas y relaciones de producción, *no hay realidad*. Marx construye, con mano maestra, el mundo encantado de la mercancía. ¿Cómo le habría de ser transparente un mundo que es un simulacro baudrillardiano? ¿Cómo habría de ser transparente para sí mismo un sujeto que se cosifica, que introduce en su conciencia una *cosa*, una *cosa que lo cosifica*? No, señores. No pierdan el tiempo ahí. En ese punto, en el punto en que el hombre puede asumir su subjetividad, su humanitas, y, junto a sus compañeros, realizar el acto –hoy, visto desde el dramatico 2007– insolente, desfachatado, inigualablemente audaz, de la rebelión, aquí, el marxismo tendría mucho que decirle a cualquier época de la historia. La debilidad del marxismo está en otra parte. Está en su *Metafísica de la historia*. Marx estudió la historia de Inglaterra y la convirtió –aunque tardíamente lo negara– en una *filosofía de la historia* que habría de aplicarse al resto de la Humanidad. Aquí está su *humanitas*. Está en dos momentos. En el que el hombre se rebela y hace del acto de la rebelión un acto absoluto. Algo que lleva al hombre a un acto incondicional, único y universal. Tan universal que le entrega la dimensión de la humanitas. Y en esa metafísica de la historia por la cual una clase universal, el proletariado, asume la humanitas (la totalidad, lo absoluto de la condición humana) para redimirla en un desarrollo universal, necesario, inmanente y dialéctico. Este Marx del profetismo dialéctico, del teleologismo escatológico, del fin necesario de la historia, de la sociedad genérica, es el más endeble. La dialéctica es lo que dijeron Adorno y Sartre. Marx (oigan, ¡no digan que no pueden entenderlo!) quiso darles a sus proletarios un horizonte de plenitud triunfal, de consagración. Les dijo que triunfarían. Hasta si quieren hacer freudismo con esto, admitámoslo: se lo dijo a sí mismo, porque él, antes que todos, necesitaba saberlo. Esta convicción se le fue deteriorando con los años. Y cometió un tercer error. Justamente el que ornamentó con los relumbrones que le confirió al decir que era su único aporte original a la historia de las ideas: *la dictadura del proletariado*. Fatal, querido Cabezón. La dictadura del proletariado degenera (y esto es, como decía Foucault de algunos acontecimientos de Irán, una "ley de la historia") en la apropiación, en la expropiación y, hasta me atrevería a decir, en la sanguinaria rapacidad de una minoría partidaria de esa "dictadura" que, ahora, pasaría a ser ejercida por el Partido. Que, pronto, se transformaría en Partido de Vanguardia. En custodio del Dogma. En instauración de la dictadura de la dirigencia. Y en el culto de la personalidad del omnipotente dictador: Stalin. Y aquí, esa aurora que fue la rebelión, ese día luminoso en que todos salieron para adueñarse de sus destinos inscribiéndolos en la Historia, se muere. Aborrecible.

ENTRE HEIDEGGER Y MARX

Las experiencias concretas del marxismo fracasan y los que quieren "salir de ahí", de tan incómodo lugar miran hacia Heidegger, en tanto que las conciencias liberales repiten sus banalidades de siempre, como si tuvieran algún derecho a hablar. Estamos, aquí, entre Heidegger y Marx. Porque el marxismo no pudo evitar las dictaduras que fueron ejercidas en su nombre. Pero el capitalismo no pudo evitar el imperialismo ni el nazismo. Sin embargo, sería sencillo demostrar que no basta un concepto como la *dictadura del proletariado* para desatar el stalinismo. La revolución marxista se desarrolló en territorios inesperados. Lenin y Stalin tuvieron que construir un socialismo de Estado, que, bajo Stalin, fue claramente un *capitalismo de Estado. Porque Rusia carecía del proletariado industrial que Marx reclamaba como condición de posibilidad de la revolución*. Tiene como disculpa algo que no se dio en el *lugar* para el que él había pensado su teoría: Gran Bretaña. En cambio, con Heidegger, el problema, a mi juicio, es mayor. Fue nazi. Incuestionablemente nazi. Y alimentó el pensamiento de toda la *intelligentsia* francesa. Tenemos que estudiar eso. ¿Cómo fue posible?

Tratemos de liquidar algunas pequeñas cuentas con el valiente texto de Luc Ferry que citamos más arriba. Créase o no, Ferry y su compañero de ideas y actividades filosóficas, Alain Renaut, son sartreanos en su planteamiento del humanismo, cuestión en la que nos detendremos con cierta brevedad. Dicen que lo propio de la *humanitas* es definir al hombre como *nada*, tal como lo hace Sartre en su conferencia *El existencialismo es un humanismo*. De la cual, se lamentan, Jean-Paul se retractó. Sartre se retractó de esa conferencia porque, en ella, arrojaba al hombre a un mundo sin condicionamientos concretos, sin materialidades que lo determinen, algo que cambia de cabo a rabo en la *Crítica de la razón dialéctica.* El humanismo no se basa en que el hombre es una *nada* y por eso puede sustraerse a cualquier particularismo que lo limite y ser universal. Ferry y Renaut confunde la *humanitas* con un universal abstracto que podría contener a *todos* los hombres. No: claro que Sartre, filósofo del compromiso, no aceptaría esto. El hombre forma parte de la *humanitas* para elegir qué ser dentro de ella. Si la *humanitas* fuera ese universal abstracto que contiene a todos los hombres sería, sí, una nada, pero una nada insustancial, tediosa, que nada tendría que ver con las historia de los hombre. El *humanismo* encuentra su fundamento en la praxis. Y en la praxis los hombres se realizan siendo distintos los unos de los otros, entrando, justamente, en conflicto. La historia está hecha por los hombres porque los hombres colisionan entre sí. Y esto ha ocurrido desde siempre. Desde que el primer cavernícola codició algo que tenía otro (desde el fuego, hasta un jabalí o su mujer) y agarró una piedra o un palo y fue a disputarle lo



que tenía. Y pelearon y algo pasó. No puedo decirles qué: yo no estaba ahí. Pero lo que pasó fue praxis de hombres en pugna, de hombres en conflictos que no estaban indiferenciados en el caldo de un *humanismo para todos*. En el libro de Ferry y Renaut (*Heidegger y los modernos*) los autores se indignan porque el exquisito heideggeriano Philippe Lacoue-Labarthe dice que el nazismo es un humanismo. ¡No!, exclaman horrorizados Ferry y Renaut. Y largan este razonamiento: no puede ser (un humanismo, el nazismo) porque, al ser racista, se limita, limita su *humanitas*, pierde su universalidad. Pero esto es un espanto teórico. El humanismo no lo es por ser universal, sino porque se constituye por medio de las elecciones de los hombres en una Historia que hacen y los hace o que los hace y la hacen, como quieran. *Es por ser racista que el nazismo es un humanismo*. Por haber elegido, desde la práctica militante de los hombres que lo componen, un antagonista, algo que ellos no quieren ser, algo con lo que ellos no quieren formar ninguna *humanitas*. ¿Qué *humanitas* podría integrar a nazis con judíos? Pero esto no le quita universalidad a la *humanitas*. Su universalidad es la de la Historia y la de los hombres que en ella eligen sus causas, sus odios, sus amores, sus políticas, sus enemigos, aquellos a quienes quieren matar, aquellos a quienes buscan como aliados. El humanismo es, si se quiere, una trama histórica. Y desde luego que lo es. La historia es un gigante dislocado que se arma y se desarma, que se trama y se destrama, que se totaliza y se destotaliza o, por qué no, que se construye y se deconstruye. Ese campo en constante agregación y en contante desagregación es el campo de la *humanitas*.

Ferry, en su texto sobre el sujeto europeo, repasa algunas cosas de Heidegger. Siempre lo mismo. El hombre no es dueño del acto que le daría propiedad a su ser porque esa propiedad es desposeída al entregarse al “destino del Ser”. Advierte algo con claridad: que la causalidad de la estructura del marxismo dogmático expropia tanto al hombre de su subjetividad, “del acto que constituye su propiedad”, como ese “destino” que le plantea el *Ereignis*: entregarse al destino del Ser. Es humilde frente a Heidegger. Le tienen tanto miedo al Maestro de Alemania los franceses: apenan y con bastante frecuencia. Repasa tesis de la *Carta sobre el humanismo*. Heidegger dice que toda *valoración* por parte del Dasein es una *subjetivación* “puesto que implica que el sujeto se instituya a sí mismo como instancia crítica” (*El sujeto europeo*, *Ibid.*, p. 75). No, por favor, implora Ferry. Alguna subjetividad necesitamos para valorar los significados superiores de la democracia “con respecto al universo jerárquico de la tradición” (*Ibid.*, p. 75). Punto interesante: ¿cree acaso Ferry que a Heidegger le importan “los valores de la democracia”? A él le importa el “universo jerárquico de la tradición”. Por eso es, sencillamente, un campesino nacionalsocialista. No quiere que el hombre elija libremente. Esto no es lo que dicta “la tradición”. La “tradición”, como ve bien Ferry, es “jerárquica”. Y en ella es el Ser el que domina. En ese mundo el hombre esa un ente subordinado. No necesita subjetividad. Es un pastor. El pastor de Heidegger no se distingue por su subjetividad sino por su comunión con lo que *es*, con el Ser. Es ese viejo sabio que lo sabe todo, no por su subjetividad, sino por su entrega al claro, al silencio, a la tierra, a la morada en la que el Ser está y él custodia. ¿Qué subjetividad hace falta para eso? ¿Qué subjetividad hace falta para ser un un imbécil que fuma su pipa en medio del forraje, del pasto primitivo, intocado de la Selva Negra?

Creo que se horrorizaría de ciertas cosas que acabamos de decir, pero *alguien* tenía que decir que ese campesino que fuma su pipa con Heidegger es un imbécil que apenas si sabe algo de lo que pasa a su silvestre alrededor y nada más, porque *no hay una sabiduría pura y primordial de la tierra, salvo que uno sea nazi y crea en cosas así*. O concedamos algo (porque no crean que odio a los campesinos ni a la sabiduría de los pueblos): concedamos que ese campesino sabe *mucho* de su entorno, de la tierra, de las estaciones, de las tormentas, de las pasturas, de las cosechas y de miles de cosas más. Todo esto no sale de ahí. Esa sabiduría alcanza hasta exactamente *eso*. No va más allá. El mundo, la historia, los hombres son mucho más que los ciclos de las cosechas, que saber si va a llover esta noche o si esa ternera dará cría en septiembre, por decir algo.

ER-EIGNIS, UN ACONTECIMIENTO DE “PROPIACIÓN” ENTRE EL HOMBRE Y EL SER

No obstante, tímidamente, Ferry logra decir: “Parece imposible aceptar la liquidación heideggeriana de la noción de subjetividad” (*Ibid.*, p. 75). No piensan así dos españoles que siguen las huellas del Maestro. Uno de ellos estampa una frase excepcional: “Hemos tenido que esperar a los autores post-modernos para que se entendiese a Heidegger, junto a Nietzsche, como lo que verdaderamente es: el profeta de la disolución de la subjetividad y el heraldo de la última renuncia a la idea de fundamentación” (Javier Hernández-Pacheco, *Corrientes actuales de filosofía*, ed. cit., p. 223). Estamos aquí en plena *Carta sobre el humanismo*. Arturo Leyte, también desde el campo español, busca ser más profundo. La *Carta* es una *despedida* (sic) al *Dasein*. ¿Por qué? Importa mucho ver este motivo. El *Dasein* “no puede considerarse como ente alguno (por consiguiente, no resulta identificable con el hombre del humanismo)” (Arturo Leyte, *Ob. cit.*, p. 238). Todo lo demás es rápido: la filosofía era una disciplina *privilegiada* que partía de ciertos principios, pongamos: la sustancia, el sujeto. Estos principios han evidenciado su vacío. Y caen. Y con ellos cae la concepción humana que los sustentaba: el humanismo. Que había hecho del hombre una sustancia. ¿Es el hombre una sustancia? No, dice Heidegger. De aquí que rechace “el término ‘humanismo’” (*Ibid.*, p. 239). Luego opone dos modalidades del hombre, algo que ya hemos visto largamente: a) el hombre como “señor de lo ente”; b) el hombre como “pastor del ser”. Leyte considera que la crítica de Heidegger al humanismo ha sido “demoledora” (*Ibid.*, p. 244). Pero pedirle una ética sería “reiterar el humanismo y la metafísica” (*Ibid.*, p. 244). Y, por último, el cierre pastoril, un lugar común en los exegetas heideggerianos de la *Carta sobre el humanismo*. Se trataría de “pensar lo inconmensurable de la naturaleza, es decir, del ser” (*Ibid.*, p. 244). Y, más allá del cierre pastoril, el cierre pastoril-poético: “En efecto, también *aquí*, donde se cuece el pan y se protege uno del frío, también aquí entre *estas* cosas y mi cuidado por ellas, están los dioses, se encuentra el ser” (*Ibid.*, p. 244).

Más allá de todo este kitsch pastoril quiero reiterar que la gran obra de Heidegger, la única no escrita durante ni después del nazismo (salvo algunos importantes textos como *Qué es metafísica*, escritos *también* antes del vendaval hitleriano), es *Ser y tiempo*, texto detestado por los seguidores antihumanistas del maestro porque es, precisamente, un texto humanista. *Ser y tiempo* es una antropología existenciaria. En ella es el hombre el que tiene la misión *primordial, central, definitiva y decisiva* de traer al mundo la pregunta por el Ser. Esa obra es una obra cumbre de la filosofía porque es una obra humanista, que abarca los grandes problemas de ese ente en estado de arrojo, de e-yección, ese ente *caído* que cae en un mundo inauténtico y *culpable* porque no se funda a sí mismo. Contrariamente a lo que (veremos) creen Derrida y su gang de justificadores del nazismo de Heidegger, es precisamente el *pasaje* de *Ser y tiempo* a la Historia del Ser, a la Historia del Olvido del Ser, a la historia de ese Ser que se sustrae, lo que explica el nazismo de Heidegger. Cuando en una obra el hombre es el punto de partida del pensar porque es el *único* ente que se pregunta por aquello que el pensar requiere (el *Ser*) y luego pasa a ser el “amo de lo ente”, el que olvida al Ser, el ente al cual el ser se le sustrae, o el ente que, a lo sumo, es convocado por el Ser, en un *Ereignis*, en un *acontecimiento* en el cual *es el Ser el que decide*, o es (el hombre) el ente que no participa de la *humanitas* y que renuncia a su subjetividad, estamos pasando de una filosofía que valora, que coloca al hombre en un lugar digno, importante para todo filosofar, a una especie de pensar místico que hace del hombre o un devastador de la tierra o un subalterno pastor que espera la iluminación del Ser para que, a través de ella, le llegue la luz. Entre estas dos obras, entre estas dos concepciones del hombre, está el pasaje de Heidegger al nazismo. No es sorprendente que sea un nazi el que elimine la subjetividad del hombre y haga de él un juguete de los dioses.

LATERALIDAD: EL ACONTECIMIENTO DE TRANSPROPIACIÓN COMO EXPERIENCIA MÍSTICA

Sé que muchos honestos heideggerianos leerán estas líneas. No crean que no respeto a un heideggeriano como Arturo Leyte. A ver, precisemos: a partir de la *Carta sobre el humanismo* y centrándose sobre la cuestión en *Identidad y diferencia*, Heidegger, dicen sus mejores exégetas, completa lo que había dejado inacabado en *Ser y tiempo*: la cuestión del Ser, ya que en la obra de 1927 había desarrollado sólo la del *Dasein*. Sin duda. Razonable es, entonces, que, en los trabajos posteriores a *Ser y tiempo*, el Ser tenga primacía. Lo cual no se ve fácilmente. En la *Carta sobre el humanismo* la subordinación del hombre al ser estaba clara. Pero todo es más complejo en *Identidad y diferencia* (*Identitat und Differenz*, 1957). No es que lo ignore, no es que lo desconozca. Heidegger escribe: “El hombre *es* propiamente esta relación de correspondencia y sólo eso. ‘Sólo’ no significa ninguna limitación sino sobre abundancia”, *Identidad y diferencia*, ed. cit., p. 75. O también: “La mutua *pertenencia* de hombre y ser (...) nos muestra, sorprendentemente cerca, que de la misma manera que el hombre es dado en propiedad al ser, el ser, por su parte, ha sido atribuido al hombre en propiedad” (*Ibid.*, p. 85). O el uso de la misteriosa y, en verdad, hermética palabra Er-eignis, que es eso que Heidegger llama “acontecimiento de transpropiación” (*Ibid.*, p. 89). Y que es ese acontecimiento en que el ser se apropia del hombre y el hombre se apropia del ser. Para escribir de inmediato un texto tal vez bello y, cómo no, claro: “El acontecimiento de transpropiación es el ámbito en sí mismo oscilante, mediante el cual el hombre y el ser se alcanzan el uno al otro en su esencia y adquieren lo que les es esencial al perder las determinaciones que les prestó la metafísica” (*Ibid.*, p. 89). Es difícil ver con certeza si el hombre se apropia *más* del ser que el ser del hombre. Creo lo segundo. Pero lo que más me irrita (y, seamos francos, en filosofía hay cosas que irritan, aunque yo enseñe Heidegger en mis clases con todo el rigor del que pueda ser capaz) es que cuando Heidegger escribe “metafísica” está hablando de muchas cosas pero sobre todo: de subjetividad, sujeto, humanismo, antropología, historia. Y son estas cosas –desdeñadas como hojarasca “metafísica”– las que el hombre y el ser “pierden” en el “acontecimiento de transpropiación”. Confieso, además, que no logro creer en ese “ser” que se muestra, se esconde, se sustrae, se transpropia, ilumina o no ilumina. Tampoco conocí jamás a nadie que me haya confesado una experiencia de transpropiación con el ser. Salvo a un místico. He conocido místicos y los respeto. Conocí hombres que buscan una experiencia mística con desesperación y que darían mucho o todo por tenerla, porque ahí, en esa experiencia, se tendrían por fin sí mismos frente a lo sagrado, no como lo Otro, sino como lo Otro *en* ellos. Y ellos como lo Otro *en* lo sagrado. Esto sería lo que Heidegger, con justeza, llama *transpropiación*. Pero no escuché a ninguno de ellos decir que es un filósofo. O que *eso* que buscan es filosofía. Heidegger –este último Heidegger, el que “completa” al *Dasein* con el Ser– pertenece al universo del Oriente, a la mística del Zen. Ya que precisamente eso es la “transpropiación”: un acontecimiento por el cual el hombre y el ser se “apropian” uno del otro, una experiencia mística. Sólo que, en Heidegger, siempre se produce un desnivel en beneficio de la “luminosidad” del Ser. Esa iluminación que el *Dasein* tiene, pero que, pese a tenerla, es ella la que lo tiene a él.

el próximo domingo
CLASE N° 53
LOS “VERSOS SATÁNICOS” DE LA FILOSOFÍA EUROPEA